



PERFIL DE PAÍS: JAPÓN

¿Resurgirá Japón?

Masahiro Matsumura,
Profesor de Política Internacional
en la St. Andrew's University
(Momoyama Gakuin Daigaku)

Enfrentado a una serie de problemas externos e internos, Japón se encuentra en una encrucijada entre el resurgimiento y la caída libre por lo que respecta a su situación internacional. Es la monarquía más antigua del mundo —una monarquía constitucional desde 1889— con una ejemplar institución de gobierno democrático, un fuerte poder tecnológico e industrial, y es la tercera potencia económica mundial. Pero observando las cosas más de cerca, Japón ha acumulado una deuda pública que asciende a más del 200% de su PIB,¹ aunque sigue siendo la nación más acreedora del mundo. La población con buena educación está envejeciendo rápidamente y disminuyendo lenta pero regularmente, lo que, debido a la consiguiente reducción de la demanda efectiva, ha sumido desde hace tiempo a la economía en una espiral deflacionista. El objetivo de la nueva administración de Shinzo Abe es sacar al país de esta espiral, reactivar la economía y revitalizar la sociedad.

Japón también tiene que redefinir su vieja doctrina de política exterior y de seguridad debido a que las circunstancias en este sentido han cambiado espectacularmente desde que la *Pax americana* ha empezado aparentemente a declinar al mismo tiempo que va imponiéndose una nueva *Pax sinica*. Los japoneses están debatiendo más energicamente que nunca si tienen que reformar la Constitución pacifista de Japón redactada por Estados Unidos, legado de su derrota en la Segunda Guerra Mundial y de la subsiguiente ocupación norteamericana, que establece como garante de su seguridad la alianza bilateral con Estados Unidos. Más concretamente, el debate se centra en si hay que enmendar el artículo 9 de la Constitución para autorizar al Estado japonés a dotarse legalmente de un ejército de pleno derecho, y no simplemente de unas Fuerzas de Autodefensa, y para ejercer su derecho a una autodefensa colectiva, puntos ambos esenciales para llevar a cabo operaciones de combate combinadas con las fuerzas norteamericanas.

Para dar respuesta a estos múltiples retos, Japón tiene que llevar a cabo una reforma integral que implicaría un cambio paradigmático en la política económica de la posguerra que hizo posible que el país alcanzase el bienestar y la prosperidad de que goza actualmente. Pero la reforma lleva veinte años de retraso, ya que, desde el fin de la Guerra Fría y el posterior estallido de la burbuja económica japonesa, el régimen político del país ha ido en cierto modo a la deriva y ha sido incapaz de abordar adecuadamente las reformas necesarias. Evidentemente, el régimen la ha postergado financiando al perennemente deficitario Estado japonés con la enorme riqueza acumulada durante los momentos de apogeo de las décadas de 1970 y 1980. Ahora que la riqueza neta se ha visto significativamente reducida, una situación agravada por el rápido envejecimiento de la población y por las catastróficas consecuencias del terremoto y tsunami de 2011, la nueva Administración Abe se ve en la obligación de llevar a cabo una reforma integral.

El entorno de seguridad y la reforma constitucional

De manera reveladora, las dos constituciones escritas modernas japonesas, la de 1889 y la de 1947, no han sido un producto de la capacidad constituyente del pueblo japonés, sino una forma de hacer frente a un entorno de seguridad hostil en sendos momentos.

La Constitución de 1889 del Gran Imperio Japonés tenía su fundamento en la versión japonesa de la teoría del derecho divino de la realeza. Una vez que el país entró en la modernidad con la Restauración Meiji de 1868, el gobierno revolucionario tuvo que institucionalizar una monarquía constitucional de estilo occidental, requisito inevitable para que Japón fuera considerado como una nación “civilizada” y para sobrevivir a las ansias depredadoras del imperialismo y el colonialismo occidentales. Pero en aquella época el pueblo japonés todavía creía en un tradicionalismo al que le traía sin cuidado la idea de una constitución escrita, de modo que el gobierno legitimó el establecimiento de la primera constitución mediante el juramento que hizo el emperador Meiji a sus antepasados y a las divinidades ancestrales, invocando de ese modo la autoridad imperial basada en una ley constitucional consuetudinaria no escrita.

La Constitución japonesa de 1947 es en realidad una parte del sistema del Tratado de Paz de San Francisco establecido en 1952. Tras sufrir el lanzamiento de dos bombas atómicas, Japón aceptó finalmente una rendición en unas condiciones muy rigurosas que implicaban la ocupación militar del país por parte del ejército norteamericano y que fue seguida por una radical desmilitarización y democratización.² Evidentemente, estas condiciones trataban de impedir que Japón pudiese desafiar el orden internacional de la posguerra impuesto por los victoriosos norteamericanos y sus principales aliados. Posteriormente,



las autoridades lideradas por EEUU que ocupaban el país redactaron una Constitución y la impusieron al Japón ocupado. Ciertamente, la Constitución se estableció de acuerdo con los procedimientos de enmienda de la primera constitución, pero no hay solapamiento textual entre una y otra. La primera constitución fue simplemente reemplazada por la segunda. Para recuperar soberanía e independencia Japón se vio luego forzado a aceptar la Constitución de 1947, el Tratado de Paz de San Francisco de 1952 y el Tratado de Seguridad EEUU-Japón que ha convertido *de facto* al país en un protectorado norteamericano. La relación bilateral ha permanecido esencialmente inalterada desde entonces, si bien fue en cierto modo equilibrada cuando se revisó el tratado en 1960.

Es lógico preguntarse por qué Japón ha conservado una constitución de factura norteamericana durante más de sesenta años, incluso después de haber reconquistado la independencia. Seguramente, la constitución no ha sido enmendada debido en parte a la rigidez de los procedimientos incorporados en ella para reformarla. Sin embargo, el país ha sabido aprovechar su dependencia de Estados Unidos por lo que

respecta a la seguridad y, a consecuencia de ello,

ha podido tener unos presupuestos de defensa

mu muy bajos, lo cual fue muy útil para

la reconstrucción y el desarrollo del

país y, más tarde, para sustentar

su riqueza y prosperidad sin

precedentes. Ni siquiera

después del final de la

Guerra Fría ha experimentado

cambios significativos esta

estructura. Ahora que Japón asiste a

la imparable ascensión de China y a la relativa

pérdida de hegemonía norteamericana,

considera cada vez más que Estados Unidos es un garante menos fiable de su seguridad y que por tanto el país necesita implicarse de un modo más activo en su propia defensa.

El cambio que está experimentando actualmente la opinión pública a favor de una reforma constitucional era muy previsible si se tiene en cuenta el patrón histórico que ha seguido la postura estratégica del Japón respecto al mundo chino. Es decir, la estructura política interna y la estrategia de seguridad del Japón histórico han estado positivamente asociadas con las de China. Cuando el mundo chino fue unificado por un imperio con un fuerte poder militar, el sistema de gobierno japonés también experimentó una centralización para evitar, y en caso necesario repeler, una posible agresión china. Por otro lado, cuando el mundo estaba fragmentado o el imperio chino era más débil, el sistema político japonés experimentó una descentralización y la aparición de numerosas comunidades políticas semiautónomas separadas por montañas y ríos en todo el archipiélago japonés, lejos del continente (Matsumura, 2008a). Vista con una perspectiva

histórica, la presencia militar norteamericana en el este de Asia ha funcionado como una variable activa en la interacción estratégica sino-japonesa.

En este contexto, el primer gobierno del Partido Democrático Japonés (PDJ), presidido por Yukio Hatoyama (septiembre de 2009-junio de 2010) ignoró la necesidad que tenía el país de ajustar su política de seguridad de acuerdo con un cálculo estratégico que tuviese en cuenta tanto el factor chino como el norteamericano. En un intento de modificar la tradicional línea política de posguerra, el primer ministro se apresuró a declarar que estaba a favor de la creación de una teórica Comunidad del Este de Asia capaz posiblemente de excluir a los norteamericanos, emulando en cierto modo la experiencia europea relativa a la integración regional. También prometió cancelar el ya establecido plan de trasladar la base naval norteamericana en Futenma a Henoko, en la isla de Okinawa, y hacerlo en cambio fuera de la prefectura de Okinawa. Esto alimentó innecesariamente las expectativas de los habitantes de Okinawa respecto a una isla libre de bases americanas y reavivó el movimiento contrario a las mismas. Pero pronto retiró su promesa, tras darse cuenta de la importancia que tenía Okinawa como nudo principal para el despliegue posterior de la red global de bases e instalaciones norteamericanas, particularmente frente a un creciente expansionismo chino que requiere una robusta presencia militar norteamericana con finalidades disuasorias. Finalmente se vio obligado a presentar la dimisión bajo la fuerte presión de la política interior en interacción con la dinámica estratégica regional.

Si bien el Partido Liberal Democrático (PLD) de Abe, el partido actualmente gobernante, planea adoptar la reforma constitucional como uno de los temas centrales en las elecciones a la cámara alta previstas para el mes de julio de 2013, los japoneses enfocan actualmente este tema con una actitud cautelosa debido a que el statu quo parece suficientemente estable, al menos en un futuro previsible, bajo una hegemonía norteamericana debilitada. La economía política de posguerra de Japón tiene una fuerte inercia debido a su exitosa experiencia, a menos que la decadencia norteamericana o el ascenso de China agraven su entorno de seguridad de un modo más agudo de lo esperado. La inercia se ve también reforzada por el rápido envejecimiento de la nación, que lleva consigo un crecimiento paralelo de los programas sociales y de otros gastos propios de una sociedad del bienestar, lo cual, debido a los necesarios equilibrios presupuestarios, hace que sea cada vez más difícil aumentar los gastos destinados a defensa.

Obviamente, el análisis unidimensional sobre la seguridad y la reforma constitucional no puede por sí solo capturar la naturaleza sistémica de la economía política de la posguerra. Es necesario analizar también la dinámica del régimen doméstico, que se resiste a morir.

**“La nueva
Administración
Abe se ve en la
obligación de llevar a
cabo una reforma
integral”**

La tiranía del statu quo doméstico

Para llevar a cabo una reforma integral Japón tiene que experimentar una remodelación política capaz de producir un nuevo liderazgo político que la asuma con firmeza. Durante las dos últimas décadas el país ha tratado en vano de hacer funcionar un sistema bipartidista libre de la confrontación ideológica propia del período de la Guerra Fría.

Pese a la celebración regular de elecciones libres Japón ha estado sometido a un régimen prácticamente unipartidista, dominado por el PLD de un modo casi continuo desde 1955 hasta el 2009, y durante la última década, de un modo cada vez mayor, con sus socios de coalición. Es verdad que durante nueve meses, entre 1993 y 1994, se formó un gobierno sin la participación del PLD y con el alineamiento de diversos partidos de la oposición y de cuatro docenas de diputados surgidos del PLD, reacio a la reforma. Pero el PLD volvió rápidamente al primer plano de la escena política rompiendo el alineamiento de la oposición mediante toda clase de maniobras partidistas y a base de repartir prebendas entre el entonces segundo gran partido de la oposición, el Partido Socialista Japonés. Finalmente, en 2009, el Partido Democrático Japonés (DPJ) subió al poder en lo que fue el primer cambio democrático de gobierno “desde abajo” desde 1955. El cambio se produjo debido al descontento del electorado respecto al PLD junto con la esperanza sin fundamento que había despertado el DPJ, que no tenía ninguna experiencia práctica ni ningún logro importante en su haber. La gente estaba molesta por la prolongada recesión de la economía japonesa, por el funcionamiento cada vez peor de las burocracias y, sobre todo, por la incapacidad del PLD para mejorar las cosas.

En diciembre de 2012, el PLD volvió una vez a más al poder, principalmente debido al hundimiento del DPJ. Durante los tres últimos años el DPJ había tratado de llevar a cabo, sin conseguirlo, una ambiciosa reforma administrativa. Tampoco había conseguido un crecimiento sostenible debido a una política económica centrada casi exclusivamente en la asistencia social y la redistribución. La absoluta incompetencia del DPJ se puso de manifiesto con su mala gestión de la crisis provocada por el gran terremoto del 2011 y por el subsiguiente accidente nuclear de Fukushima, seguido por su incapacidad para gestionar la rehabilitación y la reconstrucción posterior el desastre.

Después de dos décadas perdidas, el gobierno del PLD presidido por Abe sigue estando acorralado. Tiene que proceder a una reforma del régimen existente desde la posguerra que incluye, como una parte integral, al propio partido. Es cierto que ha heredado un PLD más propenso a la reforma del anterior primer ministro Junichiro Koizumi (abril de 2001-septiembre de 2006), que consiguió expulsar a la vieja guardia antirreformista del partido en las elecciones generales del año 2005. Pero Koizumi también tuvo que colaborar con los burócratas, particularmente con los jerarcas que desempeñaban un papel central en la toma de decisiones relativas a la política económica y de seguridad.

De hecho, la centralidad es atribuible a la evolución histórica del estado japonés. El Japón feudal experimentó una serie de órdenes políticos descentralizados durante los varios siglos caracterizados por la dictadura de la clase guerrera de los samuráis. En claro contraste con lo sucedido en Europa occidental, la primera etapa del Japón moderno fue excepcionalmente estable y, a consecuencia de ello, el país desarrolló su estructura estatal antes de poder construir una sociedad civil fuerte. La construcción de una sociedad civil con todas las de la ley solo se produjo después de la Restauración Meiji de 1868. La Restauración Meiji fue de hecho una revolución “desde arriba” que comportó una transferencia del poder entre diferentes clanes samuráis. El shogunato de Tokugawa fue derrocado por los grandes clanes de las regiones periféricas occidentales del país, lo que representó la entrada de Japón en la modernidad. Por consiguiente, el gobierno Meiji heredó los rasgos esenciales de la dictadura precedente. Así, incluso después de que la constitución de 1889 estableciese un sistema bicameral, los revolucionarios samuráis siguieron formando varios gabinetes sucesivos suprapartidistas y controlando las riendas de las burocracias del gobierno central. Su dictadura pareció llegar a su fin mediante un proceso evolutivo por el que el partido con el mayor número de escaños en la cámara baja formó gobierno. Sin embargo, esta práctica fue de corta duración debido a la Gran Depresión, que provocó el ascenso de la dictadura militar de los años treinta del siglo xx.

Incluso después de la Segunda Guerra Mundial la burocracia japonesa continuó básicamente intacta debido a que el país se rindió antes de que los norteamericanos estuviesen preparados para proceder a una ocupación militar directa. Por supuesto, las autoridades ocupantes procedieron a una total desmilitarización del Japón. Pero no desmantelaron la burocracia, que era una parte integral de la movilización general, sino que la utilizaron como un medio fundamental de gobierno indirecto. Por consiguiente, incluso después de la re-independencia del país en 1952, la burocracia conservó su poder en el ámbito político manteniendo su naturaleza suprapartidista, aunque esta vez sin necesidad de jurar lealtad al emperador.

En 1955, el PLD formó una mayoría parlamentaria estable mediante la fusión de diferentes fuerzas políticas conservadoras después de varias décadas de batallas ideológicas contra comunistas y socialistas. El PLD se esforzó en legitimar su gobierno fomentando el crecimiento y el desarrollo. Más concretamente, el partido, junto con la burocracia y los círculos empresariales, formó un *triángulo de hierro*; el PLD controlaba la burocracia que regulaba los círculos empresariales, y estos ejercían una gran influencia sobre el PLD mediante los donativos que entregaban al partido. Este triángulo hizo posible la sinergia sostenida de un desarrollo basado en las exportaciones, una acumulación de capital y tecnología, y una redistribución de la riqueza. El PLD ayudó a la burocracia a desarrollar una política industrial encaminada a financiar la inversión del capital, a reorganizar la estructura industrial y a desarrollar las tecnologías críticas básicas. Luego,



“Ante el ascenso de China y a la relativa pérdida de hegemonía de EEUU, Japón necesita implicarse más activamente en su propia defensa”

las grandes empresas compitieron para un rápido crecimiento mediante una política exportadora muy agresiva, particularmente en el campo de la maquinaria pesada, la industria automovilística y, más tarde, la electrónica de consumo, lo que generó unos masivos efectos de goteo en toda la economía nacional. Utilizando una parte de la riqueza así acumulada el PLD también implementó una transferencia sustancial de rentas desde los sectores manufactureros, internacionalmente hipercompetitivos, a los sectores no tan competitivos de la agricultura y los servicios, y también desde los sectores urbanos a los rurales. A mediados de la década de 1980 Japón alcanzó el apogeo de su poder económico. Por otro lado, Estados Unidos se resintió de una grave pérdida de competitividad y de una disminución de su poder económico debido a que tuvo que desviar una importante porción de sus recursos al sector militar para poder sostener su confrontación militar con la Unión Soviética.

El final de la Guerra Fría, sin embargo, privó a la economía política japonesa de aquellas precondiciones que habían facilitado su éxito. Durante ese período, los países del antiguo bloque soviético, China, India y otros se vieron en gran parte excluidos de los mercados internacionales en los que Estados Unidos, Europa occidental y el Japón competían por una demanda limitada. Para contrarrestar la sobreproducción y rectificar los desequilibrios comerciales, estas tres potencias recurrieron con frecuencia a unos regímenes comerciales dirigidos y a una coordinación político-financiera internacional imperfecta. Debido a su fuerte competitividad, Japón a menudo se impuso en la competencia trilateral al mismo tiempo que disfrutaba de una situación de casi pleno empleo. Después de la Guerra Fría aquellas economías en su día excluidas fueron integradas en los mercados internacionales y en las cadenas de suministro. Esta transformación ha tenido como resultado la expansión sostenida de la demanda global, inspirada por un maridaje de las tecnologías y las habilidades gestoras de las economías avanzadas, y la mano de obra abundante y barata de las economías emergentes. China en particular ha experimentado un importante despegue económico en este período sin necesidad de proceder a una acumulación doméstica de capital y sin unas tecnologías manufactureras autóctonas. Ante este cambio radical, el enfoque japonés ya no funciona bien en el caso de una competencia transnacional que implica unas fuentes de abastecimiento y una externalización globales, aunque en su día sí funcionó en el caso de la competencia entre economías nacionales.

De hecho, la economía japonesa experimentó una importante desindustrialización de los sectores manufactureros que requerían mucha mano de obra y de un nivel tecnológico medio-bajo, con la deslocalización de plantas de producción y de filiales al Sudeste de Asia, primero,

y después, más en general, a la región del Asia-Pacífico, con la consecuencia de la formación de cadenas de suministro transnacionales en el comercio entre filiales de una misma empresa. Este proceso se aceleró con la revalorización del yen después de la coordinación macroeconómica internacional del G-7, especialmente después del Plaza Accord, el acuerdo firmado el 22 de septiembre de 1985 en el Hotel Plaza de Nueva York por el que se decidió devaluar el dólar americano respecto al yen japonés y al marco alemán. La expansión de las actividades económicas japonesas constituyó en realidad una externalización de la política industrial por la que el estado y las empresas colaboran en el extranjero valiéndose conjuntamente de la ayuda económica, la inversión directa y el comercio para fomentar el crecimiento y el desarrollo.

Además, el éxito de la economía política hizo que resultase difícil identificar industrias y tecnologías prometedoras como blanco de la política industrial, porque los japoneses dejaron de ser unos imitadores para pasar a ser unos precursores que, por definición, no podían emular a otros. Con la enorme riqueza acumulada, la práctica japonesa de la política industrial, así como otras políticas complementarias de carácter social y programas de bienestar, han sobrevivido más allá del período de su aplicación efectiva. Esto ha tenido como consecuencia un déficit fiscal gigantesco y la acumulación de una deuda nacional enorme, debido a la interacción entre un crecimiento bajo, una recaudación tributaria asombrosa y el agotamiento del plus demográfico, que han sumido al país en una espiral deflacionista.

Para revertir esta dinámica, Japón ha tenido que desmantelar el *triángulo de hierro*, con el consiguiente cambio desde una política materialista de crecimiento y redistribución a una política simbólica de reasignación de costes y transferencia de cargas. Con su retórica populista, el ex primer ministro Junichiro Koizumi llevó a cabo una política reformista de carácter neoliberal y orientada a los mercados que trajo consigo en la práctica algunos importantes cambios, particularmente en lo relativo a la redistribución, lo que debilitó en buena medida a algunos de los bastiones del PLD en los sectores rural, agrícola, de los servicios y otros sectores poco competitivos, y en consecuencia, también en los fundamentos de su estructura organizativa. Dicho de otro modo, Koizumi decidió abandonar dichos bastiones y optó en cambio por confiar en los votantes tradicionalmente más indecisos que viven en las áreas urbanas y trabajan en sectores más competitivos. No tiene nada de extraño que el PLD fuera apartado del poder cuando Koizumi fue reemplazado por sus sucesores, incluido Shinzo Abe, que no tenía un atractivo populista comparable ni la competencia política necesaria para sacar al país del profundo estancamiento económico y social en que se encuentra.

Con el cambio de gobierno que tuvo lugar el pasado diciembre el electorado japonés se ha visto embargado por una sensación de indefensión debido a que fue incapaz de encontrar un partido político alternativo que mereciese ser depositario de su confianza sólida. Ciertamente, el

PLD, bajo la dirección de Abe, volvió de nuevo al poder, pero esto se debió simplemente al hecho de que los gobiernos del DPJ fracasaron completamente. Para un electorado cansado, el PLD no parecía una alternativa viable, dado su pobre historial de las últimas dos décadas, particularmente el de los tres primeros ministros sucesivos, incluido el propio Abe, anteriores al nacimiento del gobierno del DPJ. Aunque la coalición gobernante formada por el PLD y su socio, el partido Komei, consiguió una mayoría de dos tercios en la Cámara baja, el resultado de las elecciones generales puso de manifiesto que el votante japonés estaba buscando un partido alternativo viable. El recientemente formado Partido por la Restauración del Japón (JRP) fue el que quedó en segundo puesto en número de votos, y no el desbancado DPJ, del que la opinión general era que, juntamente con el PLD, constituía el embrión de un posible sistema bipartidista.

El ascenso del JRP ha puesto de manifiesto la existencia de un creciente populismo contra el *establishment* basado en Tokio, y más concretamente contra el conservador *triángulo de hierro*. El JRP empezó su andadura como un partido local basado en Osaka, la segunda metrópolis japonesa por tamaño, desafiando al estado fuertemente centralizado bajo el mando del *triángulo de hierro*, y exigiendo una mayor autonomía del gobierno local como punto central de su agenda reformista. El partido ha surgido bajo el liderazgo personal de Toru Hashimoto, un antiguo abogado convertido en una celebridad sin una carrera política previa y que más tarde ocupó el cargo de gobernador en la prefectura de Osaka. Posteriormente renunció a este cargo y recientemente ha sido elegido alcalde de Osaka, mientras que para ocupar el cargo de gobernador dejado por Hashimoto ha sido elegido el secretario general del partido. El partido ha crecido en todo el país después de integrar en sus filas al exgobernador de Tokio, Shintaro Ishihara, y a una serie de diputados conservadores de avanzada edad que pretenden rectificar el estatus de protectorado norteamericano que tiene *de facto* Japón mediante una reforma constitucional. Hashimoto e Ishihara parecen compartir un punto de vista histórico similar y una misma ideología, pese a defender diferentes agendas políticas y a tener prioridades políticas distintas. Juntos representan una fracción importante del electorado, no solo de la extrema derecha sino también del centro-derecha dominante.³ Este electorado siente un desagrado cada vez mayor por el estatus del país y por el discurso de los vencedores sobre la guerra y la justicia que han representado indebidamente al Japón derrotado como el “malo de la película”, como ejemplifican el caso del “rapto de Nanking” y el de las esclavas sexuales reclutadas a la fuerza por el ejército japonés (Masaaki, 2000; Matsumura 2007b). Sin embargo, la mención involuntaria que hizo Yashimoto el pasado junio sobre las esclavas sexuales le ha costado un fuerte descenso en su nivel de popularidad debido al negativo impacto diplomático que han tenido.

La política japonesa se encuentra todavía en una fase de transición, dada la aplastante derrota del DPJ, que ha hecho abortar de un modo total el sistema bipartidista. Sin

embargo, la viabilidad de la coalición actualmente gobernante entre el PLD y el Komei solo estará garantizada si, además de su mayoría de dos tercios en la cámara baja, consigue una mayoría importante en las inminentes elecciones a la cámara alta que han de celebrarse este mes de julio.⁴ Aparentemente, la actuación de la Administración Abe, particularmente en lo relativo a la vitalización económica, a la integralidad de las reformas y a la seguridad nacional, está inversamente relacionada con la dinámica del populismo y, por consiguiente, con la viabilidad del JRP. Dado que el país ha estado ocioso durante dos décadas, la siempre presente crisis estructural del Japón se ha agravado tanto que ya no puede ser ignorada y obliga a tomar medidas drásticas. Más concretamente, la Administración Abe se ve ahora obligada a dar la máxima prioridad al objetivo de sacar al país de la espiral deflacionista en que se encuentra. Esto se debe a que ha privado al país, de un modo gradual pero constante, de la vitalidad económica y de los recursos fiscales necesarios para hacer frente al rápido envejecimiento de la población y a los desafíos relativos a la seguridad. La necesidad que tiene Abe de llevar a cabo una política antideflación se ve reforzada por la de tener una mayoría de dos tercios en cada una de las dos cámaras, lo que es esencial para proceder a una reforma constitucional pensada para rectificar la dependencia que tiene el país de EEUU por lo que respecta a su seguridad. Naturalmente, el foco analítico en la siguiente parte de este artículo lo pondremos en el origen y en la perspectiva de la *Abenomics*, la agresiva política fiscal, monetaria y a favor del crecimiento implementada por la Administración Abe.

¿Constituye un avance la política económica de la Administración Abe?

El rápido envejecimiento de la población japonesa en un período de prosperidad y riqueza ha tenido como resultado una disminución constante de la demanda efectiva, que es la causa fundamental de la persistente espiral deflacionista en que se encuentra el país. Debido a la existencia de dicha espiral, el sector privado se ha mostrado reticente a hacer las inversiones necesarias para el crecimiento, pese a la vigencia de unos tipos de interés muy bajos. Para generar la demanda adecuada, los últimos gobiernos han seguido inútilmente la doctrina keynesiana de la política de la demanda efectiva, aplicando una serie de medidas de estímulo fiscal que no han conseguido más que generar una demanda efectiva muy fugaz y con un efecto multiplicador muy bajo.⁵ En consecuencia, Japón ha acumulado una deuda pública que actualmente asciende a más del 200% de su PIB. El país ha sido incapaz de controlar los déficits presupuestarios crónicos que constituyen más de la mitad del presupuesto estatal anual, por lo que, de no tomarse medidas correctoras drásticas, el Estado japonés podría entrar finalmente en bancarrota pese a ser la nación más acreedora del mundo.



Para salir de esta difícil situación, la Administración Abe ha empezado a poner en práctica una política económica de tres fases, y actualmente está en la primera fase de expansión monetaria. La nueva dirección del Banco del Japón, en concordancia con la Administración Abe, ha tomado desde esta primavera una serie de medidas normalizadoras cuantitativas y cualitativas extraordinariamente agresivas que pueden tanto provocar una burbuja como inducir una afluencia masiva de capital en los mercados financieros japoneses. Es el momento oportuno para hacerlo, porque Japón está ahora mejor posicionado en las condiciones macroeconómicas globales existentes, dado que tanto Estados Unidos como la Unión Europea y el resto del mundo desarrollado están sufriendo las graves secuelas de la quiebra de Lehman Brothers, un estallido sin precedentes de una burbuja de activos. Japón ha sido uno de los países menos afectados por esa quiebra, y antes de que se produjese ya había hecho limpieza de los préstamos en situación de mora a consecuencia del estallido de su propia burbuja, que tuvo lugar en 1992. De este modo, el país ha resultado ser un país más solvente que Estados Unidos o que los países de la Unión Europea. Por el contrario, estos llevaron a cabo una serie de rescates

“De no tomarse medidas correctoras drásticas, Japón podría entrar finalmente en bancarrota pese a ser la nación más acreedora del mundo”

masivos y de medidas de atenuación cuantitativas que han debilitado cada vez más, al menos estructuralmente, sus divisas y sus mercados financieros. No tiene, pues, nada de extraño que el capital reacio a correr riesgos de los países desarrollados se esté dirigiendo en estos momentos a los mercados financieros japoneses.

Dadas las condiciones macroeconómicas imperantes a nivel global, esta posibilidad se dará muy probablemente a medio plazo. Ciertamente, la reciente expansión monetaria de Japón ha traído consigo una rápida depreciación del yen, el resurgimiento de los sectores exportadores y el auge del mercado de valores japonés. Sin embargo, a finales del pasado mes de mayo este mercado se desplomó debido a una abrupta venta masiva de acciones por parte de los inversores institucionales japoneses, como los fondos de pensiones y las compañías de seguros de vida, que trataron de realizar beneficios. Los inversores extranjeros, por el contrario, han comprado sistemáticamente valores japoneses incluso durante el desplome del mercado. El *boom* ha sido precario porque fue provocado principalmente por una rápida subida de las expectativas del mercado que no fue acompañada de una mejora significativa en los parámetros esenciales de la economía japonesa. En contraste, una vez que la segunda y la tercera fase de la *Abenomics*, es decir, una política de un fuerte estímulo fiscal y una política de crecimiento ambiciosa, sean implementadas con éxito, se dará no solo un compromiso significativamente a largo plazo de los inversores institucionales japoneses, sino también una masiva afluencia de fondos extranjeros similares que consideran a los mercados japoneses como el único destino viable en

las condiciones macroeconómicas globales. Durante el desarrollo de este proceso, los fondos extranjeros afluirán a los mercados japoneses pese a que se habrá producido una importante revalorización del yen.

Esta perspectiva resulta si cabe más defendible porque la era del índice de crecimiento de China de dos cifras está llegando a su fin, y ello hace necesaria la confianza del país en la emergente economía de burbuja japonesa. El crecimiento chino basado en una intensa explotación de la mano de obra y en las exportaciones ya no será sostenible debido a una fuerte subida de los salarios y a que el inferior consumo de los mercados estadounidense y europeo no será capaz de absorber de modo suficiente sus exportaciones. Asimismo, el consumo interior chino se estanca debido a la existencia de un abismo cada vez más profundo en el reparto de la riqueza que dificulta el crecimiento del número de consumidores de clase media. La sociedad está experimentando un envejecimiento sin precedentes debido al mucho tiempo que ha estado vigente la política del hijo único. Y ello absorberá una proporción importante del ahorro para financiar los servicios del bienestar y el descenso del consumo. Sin embargo, el régimen comunista no puede continuar con su política post-Lehman de inversión pública masiva para sostener la demanda efectiva, lo que espoleará la inflación, ampliará todavía más la ya intolerable brecha en la distribución de la riqueza y desestabilizará el orden social. Todo esto significa que China tendrá que contar con los ingresos procedentes de las transacciones financieras en la economía de burbuja japonesa.

Resumiendo, la *Abenomics* persigue el objetivo de generar una burbuja de activos iniciada por el gobierno, con una fuerte revalorización de los activos y propiedades estatales que son mucho mayores en diversos países. La respuesta a la pregunta sobre si Japón será capaz de relanzar su economía, por consiguiente, dependerá del tiempo que sea capaz de mantener la burbuja atrayendo hacia sus mercados al capital extranjero reacio al riesgo, y de lo rápidamente que pueda conseguir tanta consolidación fiscal como sea posible. Detrás de la *Abenomics* está la convicción de que hacer esto solo es posible mediante una economía de burbuja.

Observaciones a modo de conclusión

Hasta aquí, este artículo ha enfatizado la importancia de un enfoque político-económico para analizar el Japón contemporáneo, centrándose en cómo la cuestión de su seguridad está estrechamente ligada a diversos problemas de tipo político y económico. Desde este punto de vista, nuestro trabajo ha explorado las implicaciones que tiene la *Abenomics* para las reformas políticas y constitucionales. También constituye una advertencia contra un análisis unidimensional que a menudo se equivoca afirmando que el Japón avanza hacia el nacionalismo, el militarismo y la competencia monetaria.

En el desarrollo de la dinámica financiera internacional, Japón está entrando en un momento crítico para aumentar su poder económico, o un pre-requisito para convertirse en un actor geoestratégico independiente en la multipolaridad emergente. La *Abenomics* está dando al país la oportunidad de deshacer el nudo de una reforma integral. Difícilmente tendrá una segunda oportunidad dadas las gigantescas presiones políticas, económicas, demográficas y securitarias a que está sometido.

Dado que una economía de burbuja llegará a su conclusión tarde o temprano, es importante desarrollar una estrategia de salida. Japón resurgirá si puede hacer un aterrizaje suave después de perfeccionar la consolidación fiscal y cosechar otros frutos de la burbuja. Por otro lado, si no consigue hacerlo puede entrar definitivamente en decadencia. En el interín hay un escenario en el que el país se verá obligado a hacer un aterrizaje forzoso después de cosechar algunos frutos importantes. En dicho escenario, y aunque Japón seguiría siendo la nación más acreedora del mundo, el Estado japonés se vería forzado a no pagar la deuda pública acumulada para poder proteger su riqueza nacional. Los dirigentes japoneses pronto tendrán que adentrarse en territorio ignoto.

* La investigación previa de este trabajo fue subvencionada en parte por una beca concedida en el marco del proyecto de colaboración sobre “La seguridad del Japón en el siglo xxi”, del Instituto de Investigación de la Universidad St. Andrews.

Notas

1. Un ex alto funcionario del Ministerio de Hacienda, considerado como una de las personas mejor informadas sobre la deuda pública japonesa, sostiene que el Estado japonés posee los activos gubernamentales más sustanciosos del mundo, cuatro veces mayores que los de Estados Unidos, y por consiguiente, su deuda neta asciende a un 70% del PIB. TAKAHASHI, Youichi, *Zaimusho ga Kakusu 650-cho-en no Kokumin-Shisan* (“El Ministerio de Hacienda oculta 650 trillones de yens”), Tokyo: Koudan-sha, 2011. TAKAHASHI, Youichi, *Nihon wa Zaisei-kiki dewanai* (“Japón no tiene crisis fiscal”), Tokyo: Koudan-sha, 2008. Por otro lado, es un dato conocido que el total de activos financieros individuales del Japón asciende a más del 300% del PIB de la nación, mientras que el de los sectores privados es de un 170% del PIB. Véase *Nikkei Shimbun*, 20 de junio de 2013.

2. Generalmente se piensa que Japón aceptó un rendimiento “incondicional”. Pero la Declaración de Potsdam y el Acta de Rendición definen una serie de condiciones concretas para la conclusión de un armisticio con Japón. Obviamente, este generalizado malentendido tiene su origen en la desinformación alentada por Estados Unidos y sus principales aliados, cuyo objetivo era negar la naturaleza contractual de la rendición y las obligaciones de ello derivadas.

3. Los medios de comunicación occidentales afirman a menudo de un modo engañoso que Japón está reviviendo actualmente el patriotero nacionalismo y militarismo anterior a la guerra. Mirando las cosas más de cerca, sin embargo, se ve que el país se ha vuelto simplemente más conservador, no más nacionalista, en el sentido de que pretende preservar la influencia y prosperidad conseguidas. De modo parecido, el país se ha remilitarizado moderadamente para poder hacer frente a un entorno de seguridad regional cada vez más desfavorable a sus intereses, pero sin desarrollar una verdadera forma de militarismo.

4. La cámara alta tiene casi el mismo poder que la cámara baja, excepto en lo relativo a la elección del primer ministro, la aprobación de los presupuestos y la ratificación de los tratados internacionales. Las decisiones de esta última son a menudo bloqueadas cuando los partidos de la oposición juntos tienen una mayoría que les permite controlar a la primera, particularmente por lo que respecta a los proyectos de ley tributarios esenciales para la implementación del presupuesto aprobado y en lo relativo a la confirmación de los miembros que han de formar parte de las comisiones reguladoras independientes.

5. Esto es consecuente con el modelo Mundell-Fleming según el cual en un sistema de libre cambio flotante la política fiscal es ineficaz debido a la disminución en las exportaciones netas que resulta de la revalorización de la moneda.

Referencias bibliográficas

IIO, Jun. *Nihon no Touchi-Kouzou: Kamryo-Naikaku-Sei kara Gün-Naikaku-Sei he* (La estructura del gobierno de Japón: del sistema de gabinete burocrático al sistema de gabinete parlamentario) Tokyo: Chuokoron, 2007.

JOHNSON, Chalmers A. *MITI and the Japanese Miracle: The Growth of Industrial Policy, 1925-1975*. Stanford University Press, 1983.

MATSUMURA, Masahiro. “Japan’s Treacherous Bureaucrats”, *Project Syndicate*, August 17, 2007(a).

– “Depoliticizing Comfort Women”. *Far Eastern Economic Review*, Vol. 170, No. 7. December, 2007(b).

– “The Japanese State Identity As a Grand-Strategic Imperative,” Brookings Institution Center for Northeast Asian Policy Studies, Working Paper, May 2008(a), pp. 4-7, <http://www.brookings.edu/research/papers/2008/05/japan-matsumura>, [Página consultada el 2 de junio de 2013].

– “Japan Spins Its Wheels”. *Project Syndicate*, September 18, 2008(b).

– “What Does Japan Want from America?”. *Project Syndicate*, December 11, 2009.



– “Japan’s Secret Shogun”, *Project Syndicate*, February 1, 2010.

– “Japan’s Leadership Muddle”. *Project Syndicate*, September 16, 2010.

– “Japan’s leader has been given a last chance for redemption”. *Guardian*, March 14, 2011.

– “Japan’s Earthquake: The Politics of Recovery”, *Survival*, Vol. 53, No. 3, June-July, 2011.

– “Okinawa and the Politics of an Alliance”. *Survival*, Vol.53, No. 4, August-September, 2011.

– “Japan’s Revenge of the Mandarins”. *Project Syndicate*, March 4, 2012.

– “Japan’s Coming Political Earthquake”. *Project Syndicate*, October 1, 2013.

– “Oki-Now-What”. *Project Syndicate*, November 13, 2012.

– “¿Vuelve Japón?”. *esglobal*, April 22, 2013. <http://www.esglobal.org/vuelve-japon>, [Página consultada el 18 de junio de 2013]

NONAKA, Naoto. *Jimin-To-Seiji No Owari* (El fin de la política del PLD). Tokio: Chikuma Shobo, 2008.

TANAKA, Masaaki. *What Really Happened in Nan-king: The Refutation of a Common Myth*. Tokio: Sekai Shuppan, 2000.